

de la imposibilidad final y del desequilibrio inminente del capitalismo subdesarrollado. Sugirió, con razones, la posibilidad contraria de que el "desequilibrio crónico" en lugar de ser un "acelerador" del colapso final, pueda llegar a consolidarse por un largo periodo a partir de un crecimiento económico capaz de aumentar la capacidad instrumental del Estado en beneficio de la empresa capitalista y eficaz al desmovilizar a las masas en el terreno social y político.

El profesor Jorge Martínez Ríos (Instituto de Investigaciones Sociales) asumió en su comentario una postura distinta, al descubrir y señalar los contradictorios orígenes intelectuales del pensamiento del sociólogo brasileño; de manera explícita Martínez Ríos duda sobre cuál es la o las teorías que sirven de base a Fernandes —y el peso de cada una de ellas o su integración en una perspectiva más amplia—, para reflexionar sobre la sociedad capitalista y su estructura de clases. La utilización de Marx, Durkheim, Weber puede conducir— y de hecho tal es el resultado— a una utilización acrítica de los conceptos o, como sucede con los dos primeros, a un análisis contradictorio, porque en ellos el concepto de las clases sociales no tiene la misma relevancia teórica e ideológica, lo que también puede decirse del concepto de lucha de clases. ¿Y qué decir de 'revolución' para un pensador tan conservador como Durkheim? Martínez Ríos presentó un interesante resumen del proceso que ha seguido el pensamiento sociológico acerca del consenso y el conflicto, desde Saint-Simon hasta los parsonianos, pasando por los diversos marxismos y especialmente alrededor de fenómenos como el de clases y sus luchas, revolución y orden, equilibrio y estabilidad; tal razonamiento le permite establecer una segunda conclusión en el sentido de que la mediación que Fernandes hace entre Marx y Durkheim es sólo una posibilidad limitada. El comentario de Martínez Ríos, en su segunda parte, deja de lado el rastreo teórico y la genealogía metodológica de la ponencia e incluye dos notas adicionales: una sobre el problema del orden y la fuerza y su impacto referencial en la conceptualización de las clases sociales, y otra sobre las clases sociales en el porfirismo y su relación con la sociología positivista y organicista; esta última útil por sus reflexiones sobre la indianidad; la primera, innecesaria por sus comentarios sobre la fuerza interamericana de paz y los proyectos Camelot. La nota optimista llegó en las últimas líneas y con ello hace evidente justicia al trabajo de Florestan, al señalar que el mismo recobra la tradición del análisis cuantitativo y de la inserción histórica a la manera clásica, que el empirismo sociológico trató inútilmente de hacernos olvidar.

El último comentario correspondió a Rodolfo Stavenhagen (El Colegio de México) en la forma de un útil resumen de los puntos que a su juicio eran los más importantes en el trabajo de Florestan Fernandes: el punto fundamental se refiere a que la estructura de clases en América Latina sólo puede ser comprendida en función del sistema capitalista dependiente y subdesarrollado; esto tiene consecuencias decisivas

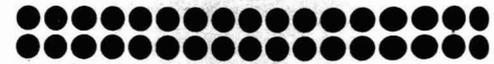
en la investigación y en la teoría, que sólo ha dado algunos pasos en esta dirección; resulta evidente que la burguesía y las "clases medias" se integran directamente a la estructura de la dependencia, pero ello no es claro en relación a la clase obrera o a los grupos campesinos. ¿De qué manera la dependencia ha modificado nuestra visión de la clase obrera industrial o del proletariado rural?

Vinculado a lo anterior, es cierto también que la evolución y dinámica de la estructura de clases en América Latina no puede repetir el proceso histórico de evolución del modelo del capitalismo europeo; esto permite preguntarse, por ejemplo, por el papel que desempeñan las burguesías burocráticas del capitalismo de Estado, o cuál es la dinámica sociopolítica de una clase obrera industrial que se incorpora no como el último invitado a la fiesta, como fue el caso de Europa, sino como un sector relativamente privilegiado. O el más importante tema de las relaciones de alianzas y conflictos entre las clases en el capitalismo dependiente. Al hacer referencia a la coexistencia en un mismo territorio nacional de modos de producción diferentes, correspondientes a distintos tiempos históricos, Stavenhagen subraya el fenómeno del *colonialismo interno*, es decir la subordinación de modos de producción y formas de acumulación precapitalistas al modo de producción dominante, que se transforma en la subordinación y explotación de ciertos sectores, de ciertos segmentos de la población, de ciertas áreas geográficas, por otras.

El último punto señalado por Stavenhagen se refiere a la proposición de Fernandes de que ciertas clases *son más clases que otras* y que ciertos grupos sociales están más integrados que otros; si se define un sistema social como un campo de acción de clases sociales ¿es posible —se pregunta— referirse a determinados grupos humanos como si estuvieran fuera del sistema? Es cada vez más evidente que el concepto de marginalización es inadecuado, pero el hecho empírico al que apunta es innegable: masas humanas que viven a niveles de miseria crecientemente grande; desempleo estructural, etcétera, lo cual plantea un reto conceptual a la sociología de las clases. Termina su comentario con un tema capital, y que se refiere al papel del Estado como fuerza política y económica relativamente autónoma, para intervenir en el regulamiento de las relaciones entre las clases sociales; y a manera de ejemplo se pregunta cuál es la situación del Estado chileno en donde la estructura de clases no ha sido modificada por la victoria electoral de la Universidad Popular.

El miércoles 15 de diciembre finalizó la primera parte del Seminario de Mérida. Las discusiones que siguieron los días viernes y sábado, con la participación de invitados y observadores, constituyeron un buen complemento de la parte que aquí se reseña. El intercambio de opiniones se mantuvo en un nivel decoroso y por momentos alcanzó gran riqueza conceptual. Muchas dudas se aclararon y otras quedaron situadas como constantes desafíos a la reflexión de la nueva sociología latinoamericana.

## Letras



### Apuntes: La literatura es un fin

Por Humberto Guzmán

Al terminar de leer el contenido de una revista literaria de jóvenes\*, me surgió la idea de escribir estas líneas. Vino a cuento una pregunta que otras veces ya había hecho su aparición, pero que nunca como entonces se reveló de esa manera. Fue algo así como una *duda luminosa*.

¿Hasta qué punto hay que tomar en serio a la literatura?

La pregunta me sacudió un poco, debido a que recordé que en algunas ocasiones he concluido, después de una búsqueda similar, que la literatura no sirve para nada en absoluto.

Debo advertir que jamás lo he pensado porque la relacione, o la compare más bien, con técnicas o formas modernas de expresión —el adjetivo *moderna* es el que quise usar— como el cine y otras.

Que quede claro de antemano que no hago tal comparación —ni siquiera la imagino—, al menos no con ese intolerable propósito de averiguar cuál de ellas es más moderna y cuál más anticuada, o cuál es vigente y cuál no lo es. Una situación alarmante por inútil es aquella en la que se llega al extremo de plantearse la interrogante: ¿Qué forma de expresión adoptar para estar a tono con nuestro tiempo? La cual me recuerda la palabra *moda* que no es otra cosa que la ausencia total de significación.

Pero conclusiones tan precipitadas como la mía generalmente llevan en sí mismas su negación. Lo que las invalida por completo. Además, es muy fácil objetarlas —con igual violencia—. A esa afirmación diría que, al final de cuentas, si la literatura no sirve para nada, entonces tampoco sirve para nada la música, ni las religiones, ni la guerra, ni la paz, ni la patria, ni nada.

Asimismo, darle autenticidad no significa otorgarle, tocándola con la varita mágica, la calidad de omnipotente. Hacerlo sería ridículo. Independientemente de que ni siquiera la necesita. La literatura vale por lo que es —así, no más—, evadiendo la soberbia de tratar de definirla, o evitando mi entrada por una puerta falsa.

Hay que creer en la literatura, dudando de ella.

La presencia de la *duda* siempre es salu-

\* Revista *Juego de palabras*. México, Instituto Politécnico Nacional.

dable. Si no se encuentra sola. . . Sola causa demasiados estragos, como se sabe, incluso la destrucción definitiva. De dejarla sola no tardaría en invitar a sus amigos predilectos: el miedo, la impotencia, la desesperación, la ruina. Así es que, aceptando su importancia, lo mejor es no descuidarla, darle un buen trato, mimarla un poco.

Aquí, creo, empiezan los primeros titubeos para responder, dentro de lo posible, a la pregunta inicial.

La literatura es un animal feroz; es muy difícil entablar algún tipo de relación con él; además, su domesticación es imposible. Lo último es su principal valor, sin embargo. De ahí su eternidad espantable. A ese animal su poder le permite ser totalitarista, absolutista, posesivo, radical y, claro, muchas veces arbitrario.

Quizás para un simple observador, o un simple simpatizador y aun fomentador —que escriba también, aunque poco, y no sólo que lea— la literatura es ese animal, pero humillado; ya que permanece dentro de una jaula de barrotes resistentes a su embate. Es humillado así, a fin de que pueda ser contemplado mientras devora carne humana. Con una reja de barrotes gruesos de hierro en medio, no hay mucho riesgo que digamos.

No considero al lector de verdad como un "simple simpatizador", sino, por el contrario, como participante. El verdadero lector —dilucidar acerca de cuál es el verdadero lector es ya otro tema para otro texto— es un *creador*: él también será devorado sin remedio.

Soy de la opinión de que la única relación que puede haber con esa bestia es la frustración: nunca podremos acercarnos a ella como lo quisiéramos, siempre hay algo —en ella o con respecto a ella— que se escapa de nuestras manos, de nuestro alcance, de nuestro entendimiento, es, para utilizar una alegoría, igual que si fuera una puta de la que no es posible separarse. La posesión se convierte, entonces, en una mentira. Consecuentemente, a esa *puta* habrá que golpearla, descargar toda nuestra impotencia sobre su cuerpo, aunque, ¿cómo no obedecer, antes o después, a la terrible tentación de acariciarla con suavidad, con ternura infinita? Pero sí, habrá que escupirla y expulsarla de nuestro lado a pesar de que, pasado un breve tiempo, corramos tras de su rastro y, al hallarla, le roguemos que regrese.

No olvido que, una vez con ella, también se le podría asesinar con el único fin de obtener la posesión completa.

Y bien, creo que si dije lo anterior también se me permite decir que hacer literatura es meterse en la jaula —con el fracaso ya nuestro— con un látigo en una mano —y sería muy prudente que con una pistola en la otra para cualquier emergencia: o bien matar a la fiera, o bien, si eso es mucho pedir, matarse uno mismo— y enfrentarse al monstruo.

De manera que, tomarla con seriedad significa sostener una lucha. Una lucha a muerte. En donde alguno de los contendientes deberá morir.

La lucha en sí misma es lo que cuenta. El resultado de ésta ya no interesa tanto. Dado que lo empuja a la creación o a la destrucción —para lo que quiero decir es lo mismo— es precisamente lo que he denominado *lucha* hasta el momento. Cuando la acción que representa se manifiesta con signos escritos que significan ideas, conceptos, pensamientos e integran entre sí frases, oraciones, etcétera, organizando o conduciendo de este modo la expresión, es ya literatura sin lugar a dudas.

Acerca de los términos "creativo" y "destrutivo", no hago ninguna diferencia entre ellos debido a que, según mi opinión, ambas partes producen movimiento, cambio, tanto una como la otra hacen retroceder o avanzar indistintamente. Así pues, no importa tanto la dirección que se lleve como el acto de traslación.

La literatura es lo buscado.

La literatura es este fenómeno solo: *un acto de traslación*.

La literatura es, pues, el combate al que me he referido desde el principio.

El combate es lo que la produce, pero también es la única relación que puede establecerse entre ella y el escritor. Cuando haya tranquilidad en una parte con respecto a la otra, es seguro, entonces, que la literatura perderá toda significación y, asimismo, desaparecerá de inmediato.

Al carecer de valor el sentido de ésta es natural que la escritura no se nulifique. Los signos que conforman cualquier tipo de escritura no serían más que caracteres indescifrables, desconocidos o, simplemente, inexpressivos. El lenguaje hablado, de donde proviene aquélla, se transformaría en una agrupación de sonidos incoherentes. Moriría —junto con él—, además, uno de los posibles orígenes del hombre. Sin lenguaje hablado, sin escritura, a la selva otra vez.

Eso por un lado. Por el otro, la escritura es el bejuco que nos transporta del árbol de nuestro tiempo al del otro tiempo, del que no podemos desprendernos todavía —por fortuna—. De manera que el bejuco nos debe llevar de uno a otro árbol, constantemente; a estas alturas, los dos son imprescindibles.

Con la nulificación de la escritura el escritor pierde su oportunidad de existir. El cordón umbilical que lo unía a la tierra ha sido roto. Nada lo obliga a permanecer sobre el mundo —o, por lo menos, sobre un mismo mundo—. Un mundo que había reinventado muchas veces para sobrevivir.

La literatura se transformó, así, en un

ABC  
abcd

cadáver; con el mundo ocurrió lo mismo —sin la última esperanza: la mentira—. El escritor, lógicamente, también muere; y, claro, el hombre que es él sigue igual camino.

En resumen, todo se acaba.

Tengo en la mente a un autor *extremo* para el cual la literatura es indivisible de su propio cuerpo, ya no digo de su espíritu; para el cual su último recurso, como hombre, como individuo, es ella: la literatura.

Supongo, en fin, que un combate, con mayor razón si se libra para alcanzar o para conservar la vida, es cosa seria. De modo que la literatura, de acuerdo con lo dicho hasta aquí, es algo, algo muy serio.

Y algo que es tan serio, pienso, ¿cómo es posible hacerlo en ratitos? ¿Cómo puede hacerse si únicamente se le utiliza como medio y no como fin? (Tampoco olvido que un fin puede ser un medio, pero no es el caso, creo.) Es claro que no todo el mundo está obligado a hacer "algo muy serio", se me podrá reprochar. No obstante, continuó:

Recuerdo unas palabras, aunque veladamente porque no sé ni siquiera el nombre de su autor, que enuncian más o menos lo que quiero decir: las grandes empresas no se llevan a cabo sin pasión. ¿Y qué es la pasión, añado, si no lo que precede a la contienda, lo que la origina y la sostiene y la resuelve, puesto que es ella el deseo vehemente de una cosa? La "cosa", en este punto, es variable, y su nombre depende de la naturaleza de la persona —lo que no interesa por ahora.

Cito en seguida un párrafo de Vincent Van Gogh para su hermano Théo (con fecha de julio de 1880) que, en mi concepto, encierra la desesperación de un artista por no desviar su atención de sus preocupaciones primordiales: el arte: "Es verdad que a menudo he ganado mi pedazo de pan, a menudo algún amigo me lo ha dado por lástima, he vivido como he podido, lo mismo bien que mal, como se presentaba; es verdad que he perdido la confianza de algunos y es verdad que mis asuntos pecuniarios se encuentran en un triste estado; es verdad que el porvenir es bastante sombrío; es verdad que habría podido hacerlo todo mejor; es verdad que nada más que para ganarme el sustento he perdido tiempo; es verdad que mis estudios siguen en un estado bastante triste y desesperante y que es más lo que me falta, infinitamente más, que lo que tengo. Pero, ¿a eso le llamáis *descender*, a eso le llamáis *no hacer nada*?"

Utilicé como ejemplo a un pintor, y no a un escritor, con el solo propósito de hacer notar que si se habla del segundo —a rasgos generales— también se habla del primero y, así, de cualquier otro tipo de *creador*.

Pues bien, parece que a lo largo de lo que llevo escrito no he respondido en lo más mínimo a mi pregunta. Pero sí, en cambio, he hecho literatura acerca de la literatura. Y, viendo las cosas con detenimiento, creo que es ésta la mejor respuesta que pude haber formulado, incuestionablemente.